Lanzar á los tiranos indignada,
Y á la alma Libertad servir de templo;
Y al mundo escucho que feliz aplaude
Victoria tal y tan glorioso ejemplo.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?
¿Cuál es tu orígen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningun sistema habitas,
Y tan cerca del sol te precipitas

Para insultar su majestad severa?
Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atraccion ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante,
Al sistema solar nuevos planetas.
Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte ledo,
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresion profunda.
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes dias,
A mi ajitada mente parecias
Un volcan en el cielo (*).
El ángel silencioso
Que hora inocente direccion te inspira,
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del destino se abra
Una sangrienta página de ira.

---

[*] Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

¡Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruidos,
Llevarán el terror á otro sistema....!
Tente, musa: respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la region de lo futuro.
Tú, Cometa fugaz, ardiente vuela;
Y á millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

EN EL *TEOCALLI* DE CHOLULA.

¡Cuanto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo,
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestoso.

Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihuatl purísimo, Orizava
Y Popocatepetl; sin que el invierno
Toque jamas con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.
Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormia,
Mientras el ancho sol su disco hundia
Detras de Iztaccihuatl. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él: un arco inmenso
Que del Empíreo en el zenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibia
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Vénus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veian.
¡Crepúsculo feliz! Hora mas bella

Que la alma noche ó el brillante dia,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mia!
  Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacia,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diria
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresion, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la supersticion y por la guerra...?
  Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y mas oscuro
Se fué tornando; la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihuatl purísimo volvia
Del arjentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente,
Bien como puntos de oro, centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Iluminais el velo,
Y sois del firmamento poësía!
  Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendia,

Con lentitud la sombra se estendia
Del Popocatepetl, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.
  Volví los ojos al volcan sublime,
Que velado en vapores trasparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el Norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste herir á tus piés, que combatian
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creian
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un dia,
De tus profundas bases desquiciado,
Caerás; abrumará tu gran ruïna
Al yermo Anáhuac; alzáranse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...

Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...
En tal contemplacion embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veia
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos,
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesion, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundia,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,

Su vil supersticion y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la supersticion mas inhumana
En ella intronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazon sangriento:
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.
Muda y desierta
Ahora te ves pirámide. ¡Mas vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la supersticion á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé leccion saludable; y hoy al hombre,
Que ciego en su saber fútil y vano

Al cielo, cual Titan, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.
(*Diciembre de* 1820.)

LA VISION.

Imitacion de Lord Byron.

Un sueño tuve fúnebre y estraño.
Estinguirse ví el sol, y las estrellas
En el espacio eterno silenciosas,
Estraviadas y pálidas giraban.
La tierra helada, ennegrecida y ciega,
En la pesada atmósfera dormia,
Y las cansadas horas se arrastraban,
Sin que en sus alas lánguidas trajeran
La vuelta de la luz. Los hombres todos
Sus míseras pasiones é intereses
Sepultaron al fin en el abismo
De universal desolacion. Vivian
Al esplendor de hogueras, y los tronos,
Los palacios de reyes coronados
Y las chozas humildes consumieron
Por procurarse luz. Grandes ciudades
Así desparecieron, y los hombres
En torno á sus hogares abrasados,
Para mirarse por la vez postrera

Se congregaban. Los antiguos bosques
Se incendiaron tambien: hora tras hora
Consumidos cayendo se apagaban.
De aquella luz al lúgubre reflejo
Los hombres azorados parecian
Espectros yertos, pálidos: algunos
Los ojos encubriéndose lloraban:
Otros, corriendo por do quier, miraban
Con desesperacion al yermo cielo,
Que tenebroso y mudo, parecia
El paño funeral del mundo muerto.
Con blasfemias feroces á la tierra
Luego inclinaban los cansados ojos,
Rechinando los dientes, y morian.
Los pájaros silvestres por do quiera
Atónitos vagaban, y la tierra
Con sus alas inútiles batian.
Las bestias mas agrestes y feroces,
En trémulas y mansas convertidas,
Mezclábanse á los hombres. Las serpientes
Entre la multitud se deslizaban
Sin ofender, con lamentable silbo,
Y aquel hambriento pueblo devorólas.
La guerra, en el principio sosegada,
Rujió mas furibunda: las comidas
Compráronse con sangre: cada uno,
Perdido en las tinieblas, engullia
Su mezquina porcion. Se disolvieron

Del afecto los lazos, y la tierra
En solo el pensamiento se abismaba
De inminente, fatal y oscura muerte.
El hambre las entrañas consumia:
Espiraban los hombres, y sus huesos
Quedaban, cual sus carnes, insepultos.
Los flacos á los flacos devoraban,
Los perros á sus amos embestian,
Esceptuando uno solo, que un cadáver
Guardando estaba con doliente ahullido,
Y al fin murió, lamiéndole la mano.
Dos de una gran ciudad sobrevivieron,
Y eran mortales fieros enemigos.
Junto á un altar del fuego devorado
Vinieron á encontrarse; con sus manos
Descarnadas y yertas revolviendo
Las brasas moribundas y cenizas,
Alzaron débil momentánea llama,
Y al verse con su luz el uno al otro,
Gritaron de terror y perecieron.
Quedó el mundo vacío, despojado
De árboles, yerbas, hombres y de vida,
Sin tiempo ni estaciones, mudo cáos.
Los rios, lagos y mares sumergidos
En un silencio fúnebre yacian,
Y en sus profundidades cavernosas
Ningun ser animado se ajitaba.
Acabaron las férvidas mareas

Al espirar la luna, su señora;
Los vientos en la atmósfera encantados
Se consumieron, y tambien las nubes,
Y tinieblas informes, silenciosas,
Reemplazaron del todo al universo.

A MI PADRE ENCANECIDO

EN LA FUERZA DE SU EDAD.

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos á su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh Padre! Bastaria
Tu dolor elocuente
A demostrarla, y á fijar mi mente
En los tormentos de la duda impía,

Deja que vil calumnia se prepare,
Porque has obedecido
El acento del Dios que ha prometido
Piedad y amor á quien piedad usare.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan á tus torpes enemigos
La justa execracion que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo,
Sí, noble desventura....
—¡Contempla ese volcan! ¿Su nieve pura
No prueba, dí, su inmediacion al cielo...?

ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas, que otro tiempo
Oyeron de Platon la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente.
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles
En diluvio de luz el sol inunda.
Entre tantas bellezas, majestosa
Con marmóreo esplendor domina Aténas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer mas puro y mas sublime
El solitario y pensador viajero
Que á la luz del crepúsculo sombrío,

Entre un océano de caliente arena
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolacion inmensa! El obelisco,
Cual roble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas del marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados
Crecen los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la yerba silenciosa.
Do quier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

CARACTER DE MI PADRE.

Integer vitæ, scelerisque purus.
HORAT.

CANDOROSA virtud meció su cuna.
Fióle Clio su pincel sagrado;
Su espada Témis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.
Siempre fué libre. De su frente pura
El ceño augusto fatigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.
Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido:
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre y buen esposo.
Hombres que de ser libres haceis gloria,
El adoraba en vuestro altar augusto:
El polvo respetad de un hombre justo
Y una lágrima dad á su memoria.

A SILA.

TRIUNFANTE Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas giró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fué tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipion: su pueblo ingrato
Demandaba opresion, y se la diste.
De su antigua virtud sin el tesoro,
El senado magnífico de reyes
Que al orbe sometido impuso leyes,
Prostituyó el poder, vendióse al oro.
Roma, víctima inmensa de facciones,
Capaz de esclavitud, no de obediencia,
Enmudeció temblando en tu presencia
A fuerza de furor y proscripciones.
No fuiste vil por opresor: en vano
Quisieras libertad: solo veias
Crímen y esclavos.—En tan negros dias
Yo hubiera sido como tú tirano.
Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
Mas que mortal diadema depusiste.
Si tu brazo feroz á Roma oprime,
La liberta tu esfuerzo generoso:
Tú no faltaste á tu valor glorioso,
Faltó tu siglo á tu virtud sublime.
Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira,
Y a los ojos del mundo que te admira
Aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre á los romanos
Saludable leccion. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombre
A facciosos, cobardes y tiranos.

EN UN RETRATO

DEL AUTOR PROSCRIPTO, A SU MADRE.

No estrañes de mi frente la tristeza:
Cuando el pincel copiaba mi semblante,
En tí pensaba, y en aquel instante
Me mandaba sentir naturaleza.

EN UNA TEMPESTAD.

Huracan, huracan, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.
En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¡Al toro no mirais? El suelo escarban

De insoportable ardor sus piés heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.
¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni dia . . .
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.
Llega ya. . . ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestoso . . . !
¡Gigante de los aires, te saludo. . . !
En fiera confusion el viento ajita
Las orlas de su parda vestidura. . .
¡Ved . . . ! en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar, de monte á monte.
¡Oscuridad universal . . . ! ¡Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos ajitado. . !
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas

Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra el suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.
¡Qué rumor! ¡Es la lluvia . . . ! Desatada
Cae á torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estais . . ? Os busco en vano:
Desparecísteis . . . La tormenta umbría
En los aires revuelve un Océano
Que todo lo sepulta . . .
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡cómo en tu seno,
De tu solemne inspiracion henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rujir...? Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz; siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

[*Setiembre de* 1821.]

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

Al brillar la razon á su alma pura,
Miró los males del doliente suelo:
Gimió; y los ojos revolviendo al cielo,
Voló buscando perennal ventura.

CONTEMPLACION.

¡Cuan inmenso te tiendes y brillante,
Firmamento sin límites! Do quiera
En el puro horizonte iluminado
Por la arjentada lumbre de la luna,
Te asientas en el mar. Las mansas olas
Del viento de la tierra al blando soplo
Levemente ajitadas, en mil formas
Vuelven la luz serena que despide
La bóveda esplendente, y el silencio
Y la quietud que reina en el profundo,
Llevan el alma á meditar.
¡Oh cielo,
Fuente de luz, eternidad y gloria!
¡Cuántas altas verdades he aprendido
Al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes dias
Mi padre venerable me contaba
Que Dios, presente por do quier, miraba

Del hombre las acciones, y en la noche,
El cielo de los trópicos brillante
Contemplando con éstasis, creia
Que tantas y tan fúlgidas estrellas
Eran los ojos vivos, inmortales
De la Divinidad.
Cuando la vista
A la region etérea levantamos,
Atónitos en ella contemplamos
Del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
Se abre un abismo indefinible: el pecho
Con suspirar involuntario invoca
Una felicidad desconocida,
Un objeto lejano y misterioso,
Que del mundo visible en los confines
No sabe designar. La fantasía,
Al recorrer la multitud brillante
De soles y sistemas enclavados
En su gloriosa eternidad, se humilla
Ante el Criador, y tímida le adora.
Las leyes inmortales que encadenan
Esta celeste fábrica, y los astros
En elíptico giro precipitan,
No desdeñan del hombre la miseria;
Y con profundo universal acento
Le dictan su deber. En todo clima,
Del polo al ecuador, su voz augusta

Beneficencia y paz impone al hombre,
Que de pasiones fieras ajitado
Turba con su furor el triste globo,
Y á error, venganza y ambicion erije
Sangrientos y sacrílegos altares.
Alma sublime, universal del mundo,
Que en los humanos pechos colocaste
La semilla del bien, la mente mia
De la santa virtud por el sendero
Dígnate dirijir: abre mi oïdo
Al grito del dolor; haz que mi seno
De la tierna piedad guarde la fuente,
Y á la opresion, al crímen insolente,
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

A MI PADRE EN SUS DIAS.

Cuando feliz tu familia
Se dispone, caro Padre,
A solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo, el primero de tus hijos,
Tambien primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso repito
Que tú, de todos los padres

Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educacion el peso
A cargo tuyo tomaste,
Y nunca á manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.
Amor á todos los hombres,
Temor á Dios me inspiraste,
Odio á la atroz tiranía
Y á las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
Que por tí Fileno hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de los hijos amantes.
Puedas ver á tus biznietos
Poco á poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto,
Inciertos y vacilantes,

Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Dá á la virtud mas realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos. . . . ! Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
Esos hermosos pesares,
Y si fueras mas dichoso,
Me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
Oye al pueblo cuál te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa:
Jamas la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
Salud bálsamo suave,

Y amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

[*Noviembre de* 1819.]

PROGRESOS DE LAS CIENCIAS.

FRAGMENTO.

La física incansable, indagadora,
Analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático á despecho,
Consagrados errores disipando,
Su libertad revindicó á la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
La noble frente á Júpiter sublime
Coronó de satélites, y á Febo
Sentó en inmóvil refulgente trono.
El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando
Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro humilde
Obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden
A la impalpable atmósfera: encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz entre sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda
Hace brillar del íris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fulgente corona, y concentrando
Se arma feroz de innumerables puntas,
A los metales y al diamante muerde.
En primorosa imitacion la esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace girar en su órbita la tierra,
Y de ella en pos á la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado
Revuelve sus anillos misteriosos,
Que oculta ó muestra: Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento y las distancias mide.
El imanado acero en equilibrio
Busca del Norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,
Fija su rumbo al navegante incierto.
El agua del calor atormentada,
O al choque de la eléctrica centella,
En diferentes gases convertida,

A la llama voraz pábulo presta·
Con inocente estrépito á los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atraccion del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
Del galvanismo al poderoso impulso
Tiembla y se ajita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsion, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.
Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio mágico en el seno,
Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
A la asombrada vista se presentan.
Entre los senos de la tierra ocultos
La química sorprende á los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La accion devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandece
Entre la arena vil pálido el oro.
De blanda seda refulgente globo
Hinche ligero gas: en él suspenso
Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Muy mas allá de su region oscura

Bebe del sol purísimo la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

SONETOS.

I.

INMORTALIDAD.

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.
¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fria.....!
Entre el orgullo y la flaqueza mia
Con ansia inútil suspirando peno.
Pero ¿qué digo?—Irrevocable suerte
Tambien los astros á morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.
Mas superior al tiempo y á la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruïna,
A la futura eternidad ligada.